

Los misterios del Rosario
con los Pastorcillos de Fátima



al cuidado de
la Armata Bianca de la Virgen

Misterios Dolorosos

Martes y Viernes

Misterios Dolorosos

(martes y viernes)



*«Ofreced
constantemente
al Altísimo
oraciones
y sacrificios».*

(El Ángel
a los tres
pastorcillos)

Los misterios dolorosos nos enseñan a «cargar todos los días con nuestra cruz» en un «sí» total a la Voluntad del Padre y a hacer pequeños sacrificios por la conversión de los pecadores, así como lo pidió la Virgen en Fátima: *«Muchos se van al infierno, porque no hay quien se sacrifique y ruegue por ellos»* y el Ángel le había dicho: *«¡Recen, recen mucho! Ofrezcan constantemente al Altísimo sus oraciones y sacrificios»*. «¿En qué forma debemos hacer sacrificios?» preguntó Lucía. «En todas las

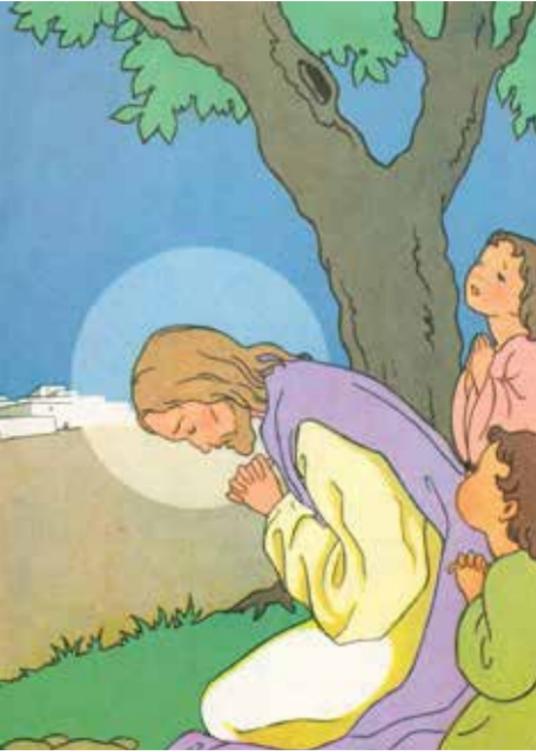


formas que puedan, ofrezcan a Dios un sacrificio en reparación de los pecados que le ofenden y de oración por la conversión de los pecadores».

Lucía, Francisco y Jacinta habían comprendido bien estas palabras y, además de aceptar y ofrecer las dificultades habituales, hacían muchos pequeños sacrificios voluntarios: el mes de agosto de 1917 no tomaron agua cuando estaban en el campo con las ovejas; le daban su almuerzo a los niños más pobres y ellos comían yerba silvestre y bellotas amargas; permanecían horas y horas de rodillas con la frente en la tierra repitiendo innumerables veces la oración que el Ángel les había enseñado: *«¡Dios mío! Yo creo, adoro, espero y te amo. Te pido perdón por todos aquellos que no creen, no adoran, no esperan y no te aman».*

San Pío de Pietrelcina escribió: *«Hay una sola cosa que los Ángeles le envidian al hombre y es la posibilidad de sufrir y así poder demostrar su Amor a Dios.»*





La agonía de Jesús en Getsemaní

Jesús es la vida y en el Huerto de Getse-

maní se prepara para afrontar la tremenda pasión. Es su agonía, la gran lucha contra sí mismo para aceptar la muerte. Siente una angustia profunda, su corazón está afligido, al punto que la sangre se le sale por los poros de la piel.

Necesita ayuda y le pide a Pedro, Santiago y a Juan que lo sostengan con la oración, pero ellos están cansados y se quedan dormidos.

También hoy Jesús agoniza, porque los hombres no aceptan su Amor. Está solo, cansado y pide ayuda también a ti diciéndote: *«Mi alma está triste casi al punto de la muerte. Quédate conmigo y reza»*.

¿Quieres ayudarlo?

Ve a buscarlo todos los días en la iglesia y hazle un poco de compañía; habla con Él, es tu mejor amigo: cuando pases por momentos difíciles y te sientas solo, Jesús te ayudará y te transmitirá su Fuerza para afrontar cualquier dificultad.

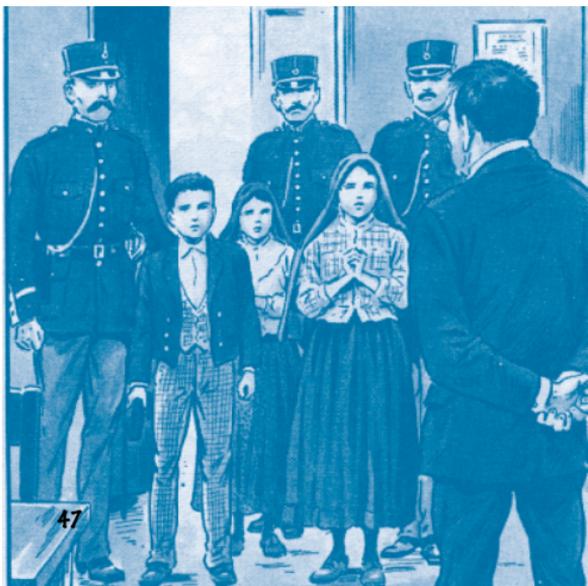
Cuenta Lucía:

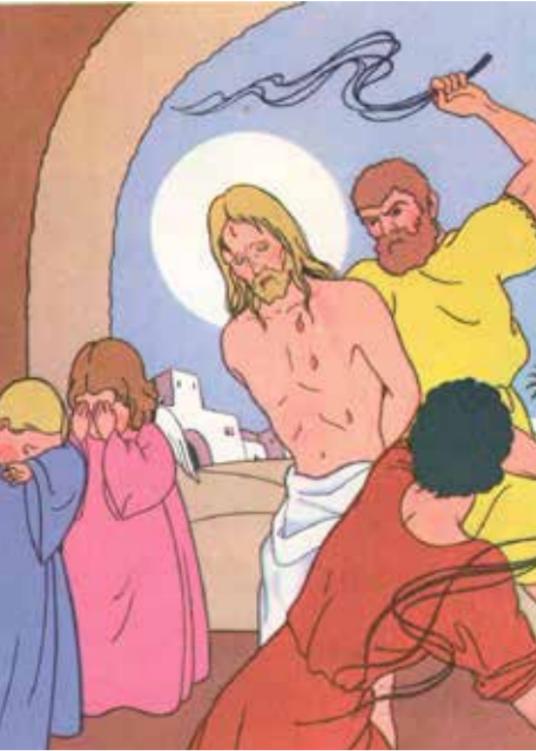
Cuando nos metieron en la cárcel, lo que más nos dolía era no poder estar con nuestros padres. Jacinta, - que en ese entonces tenía siete años - decía con lágrimas que le corrían por las mejillas: «¡ni tus padres ni los míos nos han venido a ver! ¡No les importamos nada a ellos!»

«¡No llores! le decía Francisco, ¡ofrezcamos todo a Jesús!»

Y alzando ojos y manos al cielo, hizo el ofrecimiento:

«¡Oh Jesús mío, es por amor a ti y por la conversión de los pecadores!».





La flagelación de Jesús

Jesús en la flagelación padeció sufrimientos atroces en todo su cuerpo y continua sufriendo este martirio por millones de personas, sobre todo niños, que en todo el mundo sufren todo tipo de violencia: «*Aquello que hagan a uno de estos pequeños, a Mi me lo hacen*».

¿Quieres ayudar a Jesús y a todos nuestros hermanos que sufren? Tal como lo hicieron los tres Pastorcitos, acepta también tú la invitación del Ángel: haz un pequeño sacrificio voluntario por ejemplo, no ver la televisión o el celular y no jugar videojuegos que hacen tanto mal a tu espíritu; cuando tengas algún sufrimiento físico o

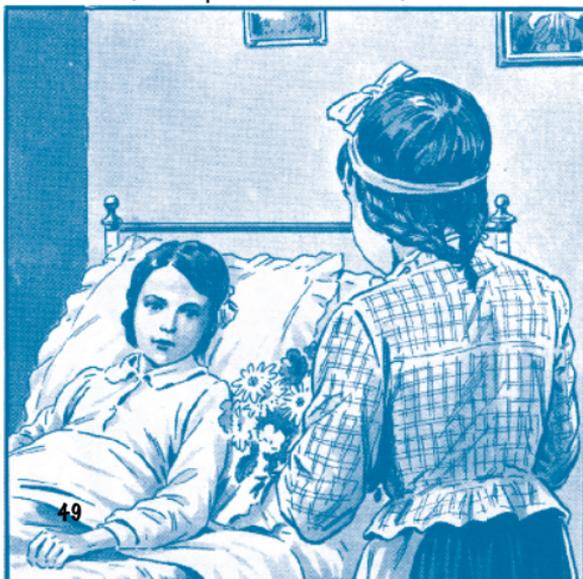
cuando algo no vaya como tú hubieras querido, no te quejes, mejor ofrécelo al Papá del Cielo para la salvación de los pecadores... un día no tan lejano, verás cumplida la promesa que la Virgen hizo en Fátima: «Prometo un largo período de paz para la humanidad». Si das tu sí, el mérito de la liberación del mal de toda la humanidad, será también tuyo.

Cuenta Lucía:

Poco antes de enfermarse, Jacinta me decía: «Me duele mucho la cabeza y tengo mucha sed, pero no quiero beber, para sufrir por los pecadores».

Su mamá sabía cuanto le repugnaba a Jacinta tomar leche. Un día, cuando estaba enferma, junto con su habitual taza de leche, le llevó un bonito racimo de uvas. Le dijo: «Toma Jacinta. Si no logras tomar la leche, entonces cómete las uvas». «No mamá, no quiero las uvas, más bien dame la leche».

Y, sin mostrar la más mínima repugnancia, la tomó, después se volteó hacia mí y me dijo: «¡Se me antojaron mucho las uvas y me costó tanto tomarme la leche! Pero quise ofrecerle a Dios este sacrificio».



La coronación de espinas



Los soldados recubrieron el cuerpo herido de Jesús con un

manto rojo, símbolo de la majestad; luego tejieron una corona con ramas de espinas largas y duras como clavos y la colocaron en su cabeza, pegándole para que se clavara en dicho lugar. Lo insultaron y golpearon, mientras se reían de Él.

Además del terrible dolor físico, Jesús sufrió la más grande humillación, porque Él, Rey de reyes, Señor del Universo, ante quien los Ángeles se postran de rodillas para adorar, fue herido y ultrajado en su divina dignidad. Pero Él aceptó todo y le ofreció al Padre su sacrificio para pagar por nuestros pecados de soberbia.

¿Quieres quitarle alguna espina a Jesús? Sé como Él, «manso y humilde de corazón»; no vengarte o acusar a los demás. Cuando estés en la Iglesia, ríndele honor de rodillas a Jesús Rey, vivo y verdadero en la Eucaristía, así como el Ángel les enseñó a los tres pastorcillos y dí la bellísima oración: «**Santísima Trinidad...**»

Cuenta Lucía:

Vimos al Ángel, sostenía en la mano derecha un cáliz, arriba del cual se encontraba suspendida una Hostia y algunas gotas de Sangre caían de la Hostia al cáliz.

El Ángel dejó el cáliz suspendido en el aire, se arrodilló junto a nosotros y nos hizo repetir tres veces: *«Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, te adoro profundamente y te ofrezco el Preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo presente en todos los sagrarios del mundo, en reparación de las ofensas, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo ha sido ofendido. Y por lo méritos infinitos de su Sagrado Corazón y del Corazón Inmaculado de María, te pido la conversión de los pobres pecadores».*





La subida de Jesús al Calvario

Jesús sube el Calvario cargando la pesada

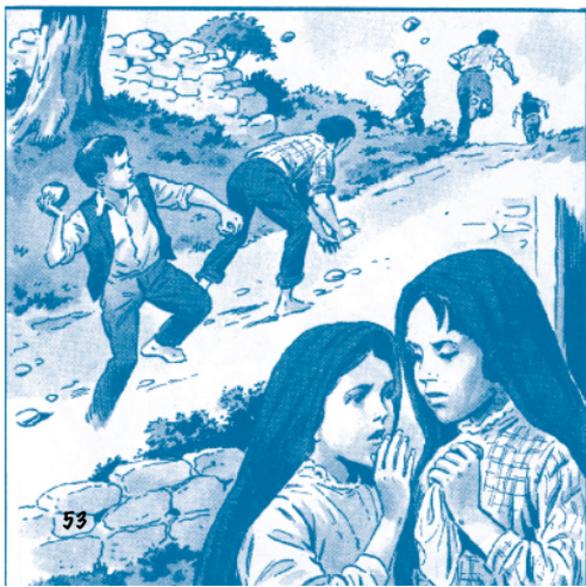
cruz. Se cae en varias ocasiones y la pesada y tosca madera lo aplasta, haciéndole brotar de nuevo las heridas que le produjo la flagelación. Él ofrece todo su sacrificio por las numerosas caídas en el mal que padecen los hombres, para que puedan arrepentirse y levantarse de nuevo después del pecado.

Cuando cometas algún pecado, ve a confesarte y pídele a Jesús la fuerza para no volver a pecar. Los sufrimientos que encontramos en el camino de nuestra vida son nuestra cruz y debemos aceptarlos con amor, si es que queremos pertenecer todos a Jesús. Acepta las cosas que no te gustan

y ofrécelas a Jesús para que el pecado desaparezca del mundo, repitiendo, así como le enseñó la Virgen a los pastorcillos de Fátima: *«Jesús es por amor a Ti, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Corazón Inmaculado de María»*.

Cuenta Lucía:

Pocos días antes de que muriera Francisco, él me dijo: «Oye, estoy muy enfermo, me falta poco para irme al Cielo. Voy a confesarme, a hacer la Comunión y luego moriré. Quisiera que me dijeras si me has visto cometer algún pecado y que fueras a preguntarle a Jacinta si es que ella me ha visto cometer alguno». «Desobedeciste alguna vez a mamá, le dije, cuando te decía que te quedaras en casa y tú, en lugar de eso, te escapabas». Jacinta, después de haber pensado un poco, respondió: «Dile que, antes de que la Virgen se nos apareciera, le robó una moneda a papá y que cuando los muchachos de Aljustrel le lanzaban piedras a los de Boleiros, ¡también él lanzó algunas!». Cuando le entregué la respuesta, él me dijo: «Esos ya los había confesado, pero los confieso de nuevo. Quizás esta es la razón por la cual el Señor está tan triste. Ahora estoy arrepentido».



La crucifixión y la muerte de Jesús



Jesús fue crucificado con tres grandes clavos. Es un suplicio horrendo, pero Él abraza a todos con sus brazos abiertos, incluso a los enemigos que lo ofenden: *«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»*. Así es como nos enseña a responder al mal con el bien, al odio con el perdón.

María está al pie de la cruz, unida a Él en un ofrecimiento por la salvación de todos los hombres que Jesús le confía: *«Mujer, ¡he aquí a tu hijo!»*

María te acogió como a un hijo y ahora te invita a consagrarte a Ella, para que Ella pueda

hacer de ti otro Jesús, que se ofrece a Dios para la salvación de todos los hermanos. Los tres Pastorcillos de Fátima se dejaron crecer en el Amor de María y, aceptando con amor todo lo que les pasaba, hasta atraeron la Paz sobre su Patria, Portugal.

Cuenta Lucía:

El 13 de junio el Alcalde nos hizo subir a su carroza, nos llevó con él a Vila Nova y nos mandó encerrar en la cárcel. Nos dijeron que vendrían pronto a buscarnos para freírnos en aceite hirviendo. Jacinta se retiró junto a una ventana y me di cuenta que lloraba. Le pregunté por qué lloraba: «¡Porque, dijo, moriremos sin ver a nuestros padres, quisiera cuando menos volver a ver a mi madre!» «Entonces, la dije, ¿no quieres ofrecer este sacrificio por la conversión de los pecadores?» «¡Sí, si lo quiero hacer!» y con las mejillas llenas de lágrimas y los ojos viendo al cielo hizo su ofrecimiento: «¡Oh buen Jesús! ¡Es por Amor a Ti, por la conversión de los pecadores, por el Santo Padre y en reparación de los pecados cometidos contra el Corazón Inmaculado de María!».

